**Viernes XXVI del TO**

**(Santos Ángeles Custodios)**

2 de octubre de 2020

Jb 38,1.12-21; 40,3-5  
Sal 138

Mt 18, 1-5.10

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Resumen preliminar. [En la Primera Lectura seguimos con el Libro de Job que empezamos el lunes pasado y que concluiremos mañana. Recuerden: el autor de este cuento se inventa esta historia para establecer que no es de Dios la idea de la retribución divina, es decir, que Dios premia a los buenos y castiga a los malos y que por tanto, te irá bien si cumples la voluntad de Dios y te irá mal de lo contrario. El «satán» quiere demostrarle a Dios que el ser humano es voluble, interesado e incapaz de serle fiel; y apuesta contra Dios a que se lo demuestra en el fiel Job. La apuesta de Dios es, por el contrario, la libertad del hombre. Satán comenzó su partida contra Dios, pero la primera mano, como vimos el lunes, la perdió: acabó con una alabanza de Job. Pero satán protesta y en su objeción argumenta que si él ha perdido la partida es porque, en realidad, Job ha bendecido a Dios para salvar la vida, por egoísmo, no sinceramente; la prueba, por tanto, tiene que continuar. Y continúa.

La segunda mano de la partida se produce a través de unas llagas terribles en la piel de Job y con la colaboración de su mujer que habla como cómplice inconsciente de satán[[1]](#footnote-1). Su mujer defiende una religión interesada y condicionada al comportamiento de Dios: el hombre ha de bendecir al Dios benéfico y maldecir al Dios maléfico; así estarán en paz: si su marido tiene estas llagas terribles que lo aíslan de la sociedad es porque Dios es malo e injusto y, por lo tanto, ha de maldecirlo. Ya que Job ha de morir que guste el último consuelo, el de la venganza impotente: maldecir al verdugo. Pero Job, vuelve a salir airoso de la prueba: «*si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males*?»[[2]](#footnote-2) Partida perdida para satán. Pero el juego prosigue

El tercer envite de satán consistió en su intervención a través de tres amigos de la víctima: esos fueron sus ases de la baraja. Los amigos trataron inútilmente de hacerlo volverse contra Dios, pero fue en vano].

Sin embargo, aquel tercer envite terminó en el relato en un ambiente judicial entre Job y Dios. Job, tras constatar la crueldad de su suerte,[[3]](#footnote-3) afirma su inocencia[[4]](#footnote-4) tras enumerar una serie de pecados negando haber caído en ellos; con juramento termina su alegato con una frase que se podría traducir así en nuestra lengua: « *¡Que Dios me castigue si he hecho tal cosa!*»; o, «Juro que no he hecho tal cosa...», como defendiéndose ante un Dios justiciero y rival: « *¡Ojalá hubiera quien me escuchara! ¡Aquí está mi firma! que responda el Todopoderoso, que mi rival escriba su alegato*»[[5]](#footnote-5)… ¡Yo soy inocente! ¿A ver? ¿Qué tienes que decir?

Es el turno de Dios, porque Job lo ha desafiado en un duelo verbal, y no puede dejar a Dios sin palabra: se daría la razón a sus amigos. Dios tiene que intervenir. Según la lógica de los amigos, Dios acabará fulminando a Job con el rayo; es la lógica de lo que vendrá. El Altísimo se acerca y como preámbulo del desastre final, Dios habla «*desde el seno de la tormenta*» que se cierne sobre Job para dar el golpe de gracia a nuestro héroe. Según Job él es inocente y Dios culpable. Hasta ahora todo lo que se ha dicho entre él y sus amigos tiende a esa conclusión. En el dolor Job se ha crecido y no tema encarar la tempestad.

La tensión que se crea es de un dramatismo tremendo que hace que el oyente del relato que, naturalmente ha tomado ya partido por Job, se quede expectante por saber qué pasará.

Pues bien, la respuesta de Dios se escucha, cosa que todos esperábamos; su contenido y tono frustra la expectación de cada uno. Es una respuesta imprevisible, y este será es el último acierto del autor.

Y el discurso de Dios comienza con una serie de descripciones sapienciales del cosmos, del cielo y la tierra, de los animales, de las cosas creadas…; dónde está el hombre? ¿Dónde está Job, viajero de la mano de Dios por un inmenso reino de maravillas en el que todo lo creado está sometido a él?

Con pasmo y sorpresa, Job va descubriendo su propia ignorancia, su limitado poder. ¡Qué tragedia ser hombre y tener que sufrir!, ¡qué maravilla ser hombre y poder descubrir! Si Job es ignorante, no tiene derecho a reclamar; pero tampoco ha podido ofender, su ignorancia es excusa o atenuante. Si es ignorante, no puede ganar el pleito; pero tampoco lo pierde. Puede ganarse a Dios, que vale más, y a sí mismo para Dios. Su confesión será victoria de Dios sin ser derrota de Job. La conclusión la veremos mañana.

En el Evangelio que hemos escuchado Jesús les dice a sus discípulos: «*Cuidado con despreciar a unos de estos pequeños, pues yo les digo que sus ángeles en el cielo ven continuamente el rostro del Padre»*. Con los pequeños no sólo se hace referencia a los niños, sino también a todos los desconocidos, desamparados y humildes de la comunidad. Jesús nos dice que cada uno de estos seres pequeños y desamparados tiene un ángel que puede ver la luz de Dios. Gracias a este párrafo de la Biblia la Iglesia ha enseñado la creencia en un ángel de la guarda.

Me parece muy sugerente que Jesús enseñe a sus discípulos la existencia de los Ángeles de la Guarda en relación con los pequeños, con los niños, con los últimos. Pero ojo, creo que no hay que confundir la realidad del Ángel de la Guarda con la imagen infantil de un angelito dulce con sus solas cabecitas y alitas en el cuello que nos acompañan a todos lados. Jesús está hablando a adultos ya hechos y derechos y no a niñitos por hacer; y les está diciendo que ese terminar de hacerse, que la madurez espiritual tiene como destino el ser niños; es decir, volver a la dependencia, al ser pequeños, a ser ninguneados, a volver a ser últimos. Este resquebrajamiento de la personalidad egoica exige una ayuda especial, un impulso determinado hacia esa dirección, porque de lo contrario, dejados a nuestro solo hacer, sería imposible alcanzar tal meta.

Jesús retoma la concepción judía y la amplía, ya que para el judaísmo rabínico los ángeles están en la Tierra y no pueden ver la luz divina. Jesús, en cambio, ahora quiere decirnos que cada persona tiene un ángel de la guarda que a su vez puede ver al Padre, es decir, que está personalmente en intimidad con el Padre y con el hombre, encontrándose cada persona bajo la especial protección de Dios, quien envía un mensajero propio a cada uno. La misión de este mensajero es ayudarnos por todos los medios posibles a que nos abramos a la gracia de desmantelar el viejo y egoísta yo altivo y hegemónico y convertirnos así, maduramente, en el niño evangélico, que nada tiene que ver con el niño infantil. Esa es la infancia espiritual a la que estamos llamados, y ahí es donde nuestro Ángel de la Guarda, por especial regalo de Dios, por su amor infinito, tiene su misión con nosotros.

Cada hombre, por tanto, tiene, entonces, una relación con Dios a través de su ángel. Cada uno puede llegar a través de su ángel a Dios y, entonces, nadie se encuentra limitado a lo visible y lo posible. Nadie está desamparado aun cuando camina solo cuando la vida golpea.

La Iglesia afirma que Dios le envía a cada uno un ángel desde el momento de su concepción. Si esto es así, que lo es, entonces el hombre no existe sin un ángel, es decir, no está completo sin él[[6]](#footnote-6).

1. Cfr. Luis Alonso Schökel. *Los Libros sagrados. Vol. VIII,2. Job*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1971 [↑](#footnote-ref-1)
2. 2, 10 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cap.30 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cap. 31 [↑](#footnote-ref-4)
5. 31,37. Después de esto, se relata el discurso de uno de sus amigos y, después, nos encontramos con el texto que la Liturgia nos propone hoy: Dios habla. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Anselm Grüm. *Todos tenemos un ángel*. Ed. Bonum. Buenos Aires, 2007 [↑](#footnote-ref-6)